

EL SECRETO DE SARAH

WILKIE COLLINS



Con EL SECRETO DE SARAH Wilkie Collins inicia un género en el que demuestra un talento insuperable: la novela de intriga. Dotado de una refinada técnica, el autor de LA PIEDRA LUNAR y LA DAMA DE BLANCO es capaz de urdir tramas apasionantes que van mucho más allá del clásico folletín romántico de la época o de la por entonces balbuciente novela detectivesca.

EL SECRETO DE SARAH es una investigación alrededor de un secreto celosamente guardado en una mansión, la Torre de Porthgenna, de la que la doncella Sarah Lesson huye el mismo día del fallecimiento de su señora. Quince años después, la existencia del secreto llega a oídos de Rosamond, en ese momento señora de Porthgenna, quien se empeñará en descubrirlo.

Como sucede en las mejores obras de Collins, por EL SECRETO DE SARAH desfilan personajes impagables: la propia Sarah, cuyas desdichas son interminables; el excéntrico y misántropo Andrew Treverton; su impertinente criado Schrowl; Lenny, el marido ciego; o el plúmbeo Mr Phippen, un individuo que recuerda a los inefables Bouvard y Pécuchet.

Maestro del suspense, artífice de argumentos laberínticos y sin embargo trepidantes, Collins, en EL SECRETO DE SARAH, se revela una vez más como el gran fundador de la novela de intriga y misterio.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

VEINTITRÉS DE AGOSTO DE 1829

—Me pregunto si pasará de esta noche.

—Mira el reloj, Mathew.

—¡Las doce y diez! Ha pasado ya de esta noche, Robert. Ha vivido para ver diez minutos de un nuevo día.

Estas palabras fueron pronunciadas en la cocina de una casa de campo muy grande situada en la costa oeste de Cornwall. Quienes hablaban eran dos de los criados que formaban parte de la servidumbre del Capitán Treverton, oficial de la Armada y el representante de mayor edad de una antigua familia de Cornwall. Los sirvientes se comunicaban entre sí murmurando, cohibidos; estaban sentados el uno cerca del otro y miraban hacia la puerta con curiosidad y expectación cada vez que decaía el diálogo entre ellos.

—¡Es horrible —dijo el hombre más viejo— que estemos aquí los dos, solos, en este momento sombrío, contando los minutos de vida que le quedan a la señora!

—Robert —dijo el otro—, has estado sirviendo aquí desde que eras un niño. ¿Sabías que la señora era una actriz cuando el señor se casó con ella?

—¿Cómo te enteraste de eso? —inquirió el criado más viejo, que era el más sarcástico.

—¡Chitón! —exclamó el otro, levantándose rápidamente de su silla.

En el pasillo repicó una campanilla.

—¿Es para alguno de nosotros? —preguntó Mathew.

—¿Todavía no eres capaz de distinguir el sonido de cada campanilla? —exclamó Robert desdeñosamente—. Esa campana es para Sarah Leeson. Sal al pasillo y mira.

El criado más joven cogió una vela y obedeció. Abrió la puerta de la cocina y, desde la pared de enfrente, le saltó a la vista una larga fila de campanillas. En cada una de ellas estaba pintado, en letras negras, el cargo del criado a quien la campanilla aludía, y con la que era requerido personalmente. La hilera de letras empezaba con Ama de Llaves y Mayordomo, y terminaba con Ayudante de Cocina y Mozo.

Al seguir las campanillas con la mirada, Mathew notó enseguida que una de ellas todavía se movía. Encima de esta estaba escrita la palabra Doncella. La observó atentamente y anduvo rápidamente hasta el final del pasillo. Allí llamó a una vieja puerta de roble. Al no obtener respuesta, abrió la puerta y miró dentro de la habitación. Estaba oscura y vacía.

—Sarah no está en el cuarto del ama de llaves —dijo Mathew al regresar a la cocina junto a su colega.

—Entonces es que se ha ido a su habitación —replicó el otro—. Ve arriba y dile que la llama la señora.

En el momento en que Mathew salía, la campana repicó de nuevo.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —gritó Robert—. Dile que la señora la manda ir a ella y solo a ella. La quiere ver a ella —dijo para sí mismo en tono más bajo—, quizás por última vez.

Mathew subió tres tramos de escalera, bajó atravesando una galería arqueada y llamó a otra antigua puerta de roble. Esta vez obtuvo respuesta de la habitación. Una voz baja, clara y dulce preguntó quién era. Y, en cuatro palabras, precipitadamente, Mathew le dio el recado. Antes de que pudiera añadir nada, la puerta se abrió rápida pero silenciosamente, y Sarah Leeson se plantó ante él, en el umbral, con una vela en la mano.

A pesar de que no era ni alta, ni guapa, ni joven; de que era tímida e indecisa, y de que vestía de un modo sencillo e incluso vulgar, la doncella era una mujer a la que resultaba imposible mirar sin un sentimiento, si no de interés, sí al menos de curiosidad. Pocos hombres, después de echarle un primer vistazo, podrían haberse resistido al deseo de averiguar quién era; pocos hombres se hubiesen conformado con la respuesta: es la doncella de la señora Treverton; pocos se hubiesen abstenido de intentar averiguar para sí alguna secreta información que pudieran deducir de su cara y su actitud; pero ninguno, ni siquiera el más paciente y experimentado de los observadores, podría haber descubierto cosa alguna, excepto que Sarah Leeson había pasado el dolor de un gran calvario en alguna etapa anterior de su vida. Su actitud, y sobre todo su cara, hablaban de lamentos y tristeza, como queriendo expresar: tal vez en otro tiempo os hubiese gustado ver lo que fue esta ruina que soy ahora, esta ruina que jamás podrá ser restaurada y que irá a la deriva, hasta alcanzar la orilla fatal, hasta que las Olas del Tiempo engullan estas reliquias mías, para siempre. Esto es lo que decía la cara de Sarah Leeson, solo eso.

Si los dos hombres hubieran querido adivinar su pasado probablemente no se hubiesen puesto de acuerdo acerca de la naturaleza del sufrimiento que esta mujer había padecido. Era difícil decir, en principio, si ese dolor que había dejado en ella una huella imborrable había aquejado a su cuerpo o a su alma. Pero cualquiera que fuese la naturaleza de su aflicción, el rastro que había dejado era visible, profundamente visible en todas y cada una de las partes de su cara.

Sus mejillas habían perdido la tersura y el color natural. Sus labios, de formas delicadas y con una flexibilidad singular en sus movimientos, se habían marchitado y mostraban una palidez enfermiza. Sus ojos, grandes y negros, se hallaban aún más oscurecidos por unas pestañas de un espesor pocas veces visto, y habían adquirido una mirada asustadi-

za y llena de ansiedad, una mirada invariable que expresaba con ternura la agudeza de su sensibilidad y su dolor. Las huellas de pena, o de dolor, que había en ella eran muy distintas a las de la mayoría de las víctimas de algún sufrimiento mental o físico. Pero había algo todavía más extraordinario en su caso: su pelo había experimentado un cambio poco natural: a pesar de ser suave y favorecedor como el de una jovencita, lo tenía gris como el de una vieja: y esto contradecía de un modo sobrecogedor los signos de juventud que quedaban aún en su rostro. A pesar de lo mustia y pálida que estaba su cara, nadie que la mirara podría haber supuesto ni por un momento que esa cara perteneciera a una mujer mayor. Porque, por más quebrado que estuviese su color, no había ni una sola arruga en sus mejillas. Y, aun a pesar de esa permanente expresión suya de timidez e inseguridad, conservaba todavía en los ojos el brillo y la húmeda claridad que no pueden encontrarse ya en la mirada de una anciana. La piel de su sien tenía la delicadeza y la suavidad de la de un niño. Esta clase de señales, que nunca engañan, venían a demostrar que la doncella se hallaba, por lo que respecta a la edad, en la plenitud de su vida. Si bien estaba envejecida por la pena y la enfermedad, de ojos para abajo era una mujer que no aparentaba más de treinta. Pero de ojos para arriba, su pelo gris, unido a su cara, resultaba, más que incongruente, absolutamente sobrecogedor: hasta tal punto que no sería una paradoja afirmar que, si se lo hubiese teñido, hubiese logrado parecer más natural, más ella misma. En su caso, se podía realmente afirmar que el Arte era la verdad. Porque la Naturaleza parecía, ciertamente, lo falso.

¿Qué conmoción había encanecido su pelo, en la exuberancia de su madurez, con ese rasgo que provenía de algún pasado cruel? ¿Había sido una enfermedad grave, o un terrible disgusto, lo que había vuelto gris su cabello en la plenitud de su feminidad? Los miembros de la servidumbre andaban inquietos haciéndose estas preguntas, sintiéndose

siempre agobiados por las peculiaridades de su aspecto físico. Por otra parte, sospechaban de ella por esa inveterada costumbre suya de hablar sola. Pero a pesar de sus pesquisas, su curiosidad se veía siempre frustrada. No era posible averiguar nada más acerca de Sarah Leeson, excepto que no podía ni mencionársele el tema de su pelo gris y su costumbre de hablar sola. Además, la señora hacía ya mucho tiempo que había prohibido a todo el mundo, de su marido para abajo, que perturbasen la tranquilidad de su criada con preguntas inquisitivas.

Durante un instante, en esa mañana trascendental del veintitrés de agosto, Sarah Leeson permaneció muda ante el criado que le avisaba que debía acudir al lecho de muerte de su señora. La luz de su vela brillaba sobre sus grandes y asustados ojos negros y sobre su pelo, exuberante y de aquel inhumano color ceniciento. Permaneció en silencio unos instantes. Sostenía el candelabro con mano temblorosa. El apagador estaba suelto y repiqueteaba sin cesar. Solo al final dio las gracias al criado por haberla avisado. En su voz había confusión y miedo, pero, a medida que iba hablando, brotaba la dulzura. Ni siquiera su desasosiego podía enturbiar su habitual amabilidad y su delicada y atractiva feminidad. Como todos los otros criados, Mathew desconfiaba oscuramente de ella y no le tenía ninguna simpatía, seguramente porque era distinta del común de las doncellas. Pero esta vez, cuando ella le dio las gracias, se sintió como conquistado por su actitud y su tono. Así que se ofreció a llevarle el candelabro hasta la puerta del dormitorio de la señora. Ella movió la cabeza y le dio las gracias de nuevo; después, pasó delante de él y abandonó rápidamente el corredor.

La habitación en la que la señora Treverton agonizaba estaba en el piso de abajo. Sarah dudó un par de veces antes de llamar a la puerta. Entonces, el Capitán Treverton la abrió.

Al verle, ella retrocedió. Ni siquiera el susto que le hubiera dado un portazo la hubiese podido hacer retroceder con esa rapidez y esa expresión de sobresalto. Nada había en la expresión del Capitán Treverton que pudiera justificar recelo alguno de malos tratos, o que él fuera de la clase de personas que hablan con crudeza. Era un hombre de rostro amable, sincero y campechano. En ese rostro, ahora, había un reguero de lágrimas.

—Pasa —dijo él, volviendo la cara—. No desea ser atendida por la enfermera. Solo te quiere a ti. Llámame si el doctor... —La voz le tembló y, sin intentar terminar la frase, salió apresuradamente.

En lugar de entrar en la habitación de la señora, Sarah Leeson siguió al señor con mirada atenta, mientras sus mejillas, ya pálidas de por sí, adquirían una blancura mortecina, y sus ojos, un ávido, vacilante e inquisitivo signo de terror. Cuando el caballero hubo desaparecido por la esquina de la galería, Sarah se mantuvo fuera un momento, junto a la puerta de la habitación de la enferma, y susurró temerosamente para sí misma: «¿Habrà podido decírselo?». Luego abrió la puerta, no sin esforzarse visiblemente por recuperar el dominio de sí misma y, después de demorarse recelosamente un momento en el umbral, pasó adentro.

El dormitorio de la señora Treverton era una habitación grande y majestuosa situada en el ala oeste de la casa, por lo que tenía vistas al mar. La lamparilla que quemaba junto a la cama mostraba, más que atenuaba, la oscuridad de los rincones del cuarto. La cama, un modelo pasado de moda, tenía pesados colgantes y gruesas cortinas corridas a su alrededor. Del resto de objetos de la alcoba solo los más grandes y sólidos eran lo suficientemente prominentes para poder ser vistos a través de la opacidad de la luz. Los armarios, el ropero, el espejo de cuerpo entero, el sillón de respaldo alto, todos ellos, ante la magnitud informe de la cama, no podían más que alzarse a la vista de forma onerosa y melancólica. Los demás objetos estaban fundidos en la

oscuridad reinante. A través de la ventana abierta —para que entrase el aire fresco de esa nueva mañana, después de una bochornosa noche de agosto— se derramaba monótonamente sobre la habitación el rumor apagado, mudo y distante de la marejada sobre la arena de la costa. En esa primera hora oscura de la mañana, todos los demás ruidos del exterior permanecían en un inmóvil silencio. Dentro de la habitación, el único sonido perceptible, con una claridad pavorosa, era la lenta y fatigosa respiración de la moribunda, sobreponiéndose incluso, desde una fragilidad mortecina a la estruendosa respiración que salía del seno del mar eterno.

—Señora —dijo Sarah Leeson, permaneciendo cerca de las cortinas pero sin descorrerlas—, el señor ha salido de la habitación y me ha enviado a mí para que me quede.

—¡Luz! Quiero más luz.

Había extenuación en su voz, la extenuación propia del enfermo terminal, pero aun así su acento era firme en comparación con el tono vacilante con que Sarah había hablado. Incluso en ese breve intercambio de palabras a través de la cortina del lecho de muerte se ponía de manifiesto la naturaleza fuerte de la señora y la naturaleza débil de la criada.

Con mano vacilante Sarah encendió dos velas y las situó en una mesa cerca de la cama; por un momento permaneció quieta, mirando alrededor tímida y suspicazmente, y solo entonces descorrió las cortinas.

La enfermedad de la que la señora Treverton se estaba muriendo era una de las más terribles enfermedades que afligen a la humanidad, una que afecta especialmente a las mujeres y que va minando la vida sin que, en la mayoría de los casos, aparezcan visiblemente en la cara las marcas corrosivas de su curso. Posiblemente nadie que no estuviera enterado podría haber imaginado, cuando la sirvienta descorrió la cortina, que la señora estaba ya de vuelta de toda la ayuda que los conocimientos acerca de la muerte le po-

dían ofrecer. Las leves marcas de la enfermedad en su cara, los cambios inevitables en la redondez y el gracejo de su perfil casi ni se notaban al lado de toda la luz, la delicadeza y la belleza que todavía conservaba, maravillosamente, de su primera juventud. Allí yacía su rostro, en la almohada, dulcemente encuadrada por el rico encaje de su sombrero, suavemente coronada por su pelo castaño y brillante: a todas luces la cara de una mujer hermosa recuperándose de una leve enfermedad, o reposando después de alguna fatiga poco habitual. Ni siquiera Sarah Leeson, que la había observado todo el tiempo que había durado la enfermedad, podía apenas creer, al mirar a su señora, que las Puertas de la Vida se habían cerrado tras ella y que la mano señalatoria de la Muerte la apuntaba ya desde las Puertas de la Tumba.

Había sobre la colcha algunos libros forrados con papel. Tan pronto como se descorrió la cortina, la señora Treverton le ordenó a su sirvienta con un gesto que los apartara. Eran obras de teatro, a veces subrayadas con tinta y con anotaciones en los márgenes que hacían referencia a entradas, salidas y lugares del escenario. Los criados, que seguían hablando en el piso de abajo acerca de la profesión de la señora antes de casarse, no habían recibido una información errónea. Su señor, después de haber pasado la flor de su juventud, había, ciertamente, sacado a su esposa del oscuro escenario de algún teatro de provincias cuando habían transcurrido poco más de dos años desde su primera aparición en público. Los viejos textos de teatro, llenos de dobleces, habían sido en otro tiempo su atesorada biblioteca; sentía apego por ellos por los viejos recuerdos que le traían; y, durante la última etapa de su enfermedad, habían permanecido en su cama, juntos, día tras día.

Sarah guardó las obras de teatro y volvió con la señora; con una expresión más de terror y aturdimiento que de pena en su cara, entreabrió sus labios para hablar. La señora

Treverton alzó su mano, como señalando que todavía le quedaba una orden que dar.

—Echa el cerrojo —dijo, con la voz desfallecida pero con esa misma firmeza en el acento que había marcado tan sorprendentemente esa primera vez en que había solicitado tener más luz en la habitación—. Echa el cerrojo. No dejes entrar a nadie hasta que yo te lo diga.

—¿A nadie? —repitió Sarah, lánguidamente—. ¿Tampoco al médico? ¿Ni siquiera al señor?

—Al médico tampoco. Ni siquiera al señor —dijo la señora Treverton, y señaló la puerta. La mano se alzó, laxa. Pero incluso ese movimiento efímero no podía ser tomado por otro gesto que uno de dominio.

Sarah echó el cerrojo, regresó vacilando al lado de la cama, fijó inquisitivamente sus ojos, grandes, ávidos y espantados, en el rostro de su señora y, de repente, inclinándose sobre ella, le susurró:

—¿Se lo ha dicho al señor?

La respuesta fue:

—No. Lo he hecho llamar para decírselo; he intentado de veras articular las palabras. Se me ha revuelto lo más profundo del alma solo de pensar cuál era el mejor modo de romper el hielo. ¡Estoy tan enamorada de él! ¡Le quiero tanto! Pero a pesar de eso debería haberle hablado. Si él no hubiese hablado del niño... ¡Sarah! No hizo otra cosa que hablar del niño, y no pude decir nada.

Ignorando su posición social de un modo tan extraordinario que hubiese resultado sorprendente hasta para la más indulgente de las damas, Sarah se dejó caer sobre la silla cuando la señora Treverton pronunciaba la primera palabra de su respuesta, se puso las manos, temblorosas, sobre la cara, y bramó para sí misma: «¡Ay, que va a pasar, que va a pasar ahora!».

Los ojos de la señora Treverton se habían humedecido al hablar del amor que sentía por su marido. Permaneció unos minutos en silencio; alguna fuerte emoción que obra-

ba en su ser se traducía en una rápida, difícil y laboriosa respiración, y en una dolorosa contracción de sus cejas. Poco después, inquieta, volvió la cabeza hacia la silla donde estaba sentada su criada y habló de nuevo, esta vez con una voz que se ocultaba tras un susurro.

—¡Busca mi medicina! —dijo—. La necesito.

Sarah se levantó y, con la rapidez instintiva de la obediencia, se secó las lágrimas que le caían veloces por las mejillas.

—El médico —dijo—. Voy a llamar al médico.

—¡No! La medicina, busca la medicina.

—¿Qué frasco? ¿El del opiáceo?

—No, el opiáceo no. El otro.

Sarah cogió una botella de la mesa y, leyendo atentamente las instrucciones de la etiqueta, dijo que todavía no era hora para una nueva toma de esa medicina.

—Dame el frasco.

—¡Ay, no me pida eso! ¡Por el amor de Dios, espere! El médico dijo que si tomaba mucho era peor que el aguardiente.

Los ojos claros y grises de la señora Treverton empezaron a centellear; el rosado rubor de sus mejillas se hizo más intenso; con dificultad, la mano se alzó de nuevo desde la colcha donde reposaba.

—Saca el tapón del frasco —dijo— y dámelo. Quiero fuerza. Aunque me muera en una hora o en una semana. Dame el frasco.

—¡No, no, el frasco no! —dijo Sarah, mientras, a pesar de todo, influenciada por la mirada de su señora, se lo entregaba—. Quedan dos dosis. Espere, por el amor de Dios, espere a que le traiga un vaso.

Se volvió de nuevo hacia la mesa. En ese mismo instante, la señora Treverton alzó la botella hasta sus labios, bebió hasta la última gota y después la arrojó sobre la cama.

—¡Se ha suicidado! —gritó Sarah corriendo aterrorizada hacia la puerta.

—¡Quieta! —dijo con más firmeza que nunca la voz desde la cama—. ¡Quieta! Vuelve aquí e incorpórame un poco sobre los cojines.

Sarah puso la mano sobre el cerrojo.

—¡Vuelve! —reiteró la señora Treverton—. Mientras me quede vida se me obedecerá. ¡Vuelve aquí! —El color de su cara subió ostensiblemente de tono, y en sus ojos, ampliamente dilatados, la luz brillaba cada vez más.

Sarah regresó; con manos temblorosas añadió un cojín a los muchos que sostenían cabeza y hombros de la moribunda. Esto hizo que la ropa de cama se descompusiera un poco. La señora Treverton se estremeció y tiró de ella hasta ponerla en su lugar, alrededor de su cuello.

—¿Le has quitado el cerrojo a la puerta?

—No.

—Te prohíbo que vuelvas a acercarte a ella. Coge mi carpeta, la pluma y el tintero del armario que está junto a la ventana.

Sarah fue al armario y lo abrió; luego se detuvo, como si una repentina sospecha hubiese cruzado su mente, y preguntó para qué quería el recado de escribir.

—Tráelo y lo verás.

Situó la carpeta, sobre la que había papel de carta, encima de las rodillas de la señora Treverton; la pluma fue sumergida en la tinta y le fue entregada; hizo una pausa, cerró los ojos durante un minuto y suspiró profundamente; entonces comenzó a escribir y, al rozar la pluma el papel, le dijo a su doncella:

—Mira.

Sarah se asomó con ansiedad por encima de su hombro y pudo ver como la pluma, lenta y descaecida, formaba estas palabras: *A mi marido*.

—¡Ay, no, no! Por amor de Dios, no lo escriba —exclamó asiéndose a la mano de la señora para soltarla de repente después de una sola mirada de la señora Treverton.

La pluma continuó escribiendo y, más lenta, más débil, formó palabras suficientes para llenar una línea. Luego se detuvo. Las letras de la última sílaba estaban emborronadas.

—No le escriba —repitió Sarah, cayendo sobre sus rodillas al lado de la cama—. Si no es capaz de decírselo, no se lo escriba. Déjeme que siga cargando con lo que ya hace tanto tiempo que vengo cargando. Que el secreto muera con usted, que muera conmigo, y que en este mundo no sea conocido jamás. ¡Jamás, jamás, jamás!

—El secreto debe ser contado —respondió la señora Treverton—. Es necesario que mi marido lo sepa, debe saberlo. He tratado de decírselo y me ha faltado valor. No confío en que tú se lo digas cuando yo ya no esté. Tiene que ser por escrito. Coge tú la pluma; la vista me falla, no siento la mano. Coge la pluma y escribe lo que te diga.

En lugar de coger la pluma, Sarah escondió la cara en la colcha y lloró amargamente.

—Has estado siempre conmigo, desde mi boda —prosiguió la señora Treverton—. Más que mi sirvienta, has sido mi amiga. ¿Te niegas a cumplir mi último deseo? ¿Te niegas? ¡Tonta! Levanta la mirada y escúchame. Niégate a coger la pluma, si te atreves. Escribe, o no hallaré descanso en mi tumba. *¡Escribe, o tan cierto como que hay un Cielo encima nuestro que vendré a ti desde el otro mundo!*

Sarah se levantó con un grito ahogado.

—¡Me pone la piel de gallina! —murmuró mientras clavaba la vista en la cara de su señora con una horrible mirada llena de superstición.

En ese mismo instante, la sobredosis del medicamento estimulante empezó a hacer efecto en la mente de la señora Treverton. Movía sin cesar la cabeza de lado a lado de la almohada —repitiendo vagamente unas líneas de uno de sus libros de teatro que ya no estaban en la cama— y de repente le ofreció la pluma a su criada con un gesto teatral